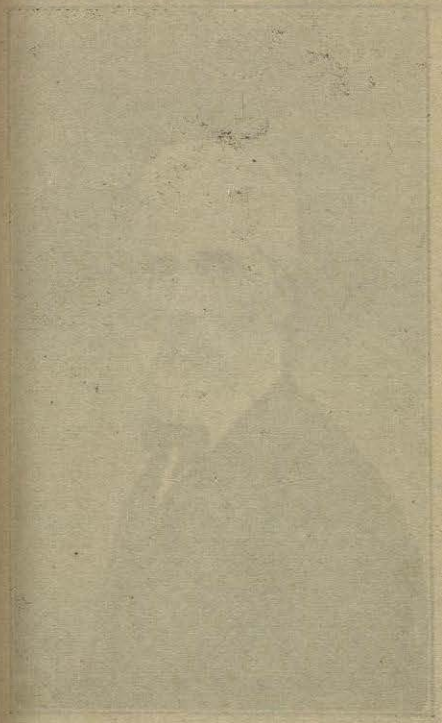
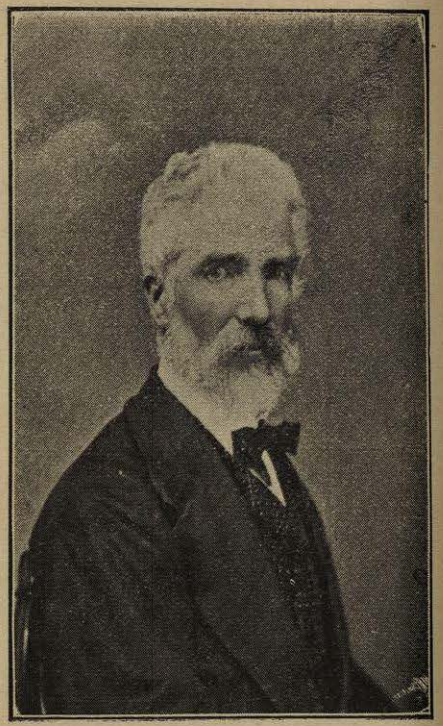
EUGENIO LANDESIO





Eugenio Landesio

EUGENIO LANDESIO

Como D. Pelegrín Clavé advirtiera serle muy necesario un auxiliar de entendimiento y de saber, que le aligerase del peso de las varias enseñanzas que de primero tuvo á su cargo en la Academia de San Carlos, y con el propósito, además, de ensanchar los estudios de pintura, hízole presente á la Junta Directiva, la conveniencia de que se llamara de Europa á un especialista en el paisaje, para enseñarlo aquí; y al efecto, propuso al italiano Eugenio Landesio, notable paisajista y muy entendido en la Perspectiva, á quien conoció durante su estancia en Roma. Aceptado como profesor por los harto favorables informes que de él expu-

sieron Clavé y Vilar, en 2 de Mayo de 1854 firmóse el contrato respectivo entre D. Bernardo Couto, en representación de la Junta Directiva, y D. Pelegrín Clavé en representación de Landesio.

Estipulábase en el contrato, que el profesor de paisaje, además de esta clase, desempeñaría por cinco años, las de Perspectiva y de Ornato, por el sueldo de mil quinientos pesos anuales; obligándose á pintar durante tal período, un cuadro para la Academia, y á formar el catálogo razonado de las Galerías de paisaje. Ratificado quedó á los pocos meses por Landesio el contrato, ante el Ministro Plenipotenciario de México cerca de la Corte pontificia, hizo sus preparativos de marcha y emprendió el viaje con rumbo al país de donde le llamaban.

Desde antes de que llegara Landesio á México, túvose ya idea de lo que era como artista, por algunos cuadros suyos y de su discípulo el arquitecto y pintor Juan Brocca, que exprofeso había enviado para las exposiciones de la Academia. Esos cuadros fueron, algunos hermosos paisajes de Italia, en los que se tenía una muestra no solamente de los conocimientos artísticos del maestro, sino de los caracteres de su escuela.

Poco se conocía hasta entonces la pintura de paisaje en México. Los maestros

de la Escuela antigua mexicana, no cultivaron el género; Clavé le había enseñado, pero muy limitadamente, y los países que hasta esa época habían llegado á la República, no eran suficientemente notables para llamar la atención ni dar cabal idea del género. Y así fué que los de Landesio, por su verdad, novedad y belleza, mucho atrajeron y agradaron. Al transladar al lienzo la naturaleza inanimada, prestaba á los árboles, las montañas, las lejanías, los cielos, acentos expresivos y deleitosos; "Vallenfreda" con su ameno bosque y el pueblecillo de este nombre en segundo término, y sus esfumadas montañas; la "Campiña de Roma", con su medio derruído acueducto y sus esbeltos árboles reflejándose á trechos en el espejo de las aguas, y el "Apenino y Sub-Apenino," bellísimos fragmentos de la elegante cordillera itálica; fueron los primeros paisajes de Landesio que aquí se vieron, que figuraron en la Exposición de 1853 y que la Academia adquirió desde luego par sus Galerías, De Brocca se recibieron en el siguiente año, "La vuelta á la casa paterna," "El pastor y la jardinera" y el "Interior de Santa María de Toscanella," ejemplares todos de excelente color y sobresalientes por los agrupamientos de sus figuras.

Por el atractivo y la maestría con que

estaban representadas las vistas de Italia en los cuadros de Landesio, pudo esperarse que los muchos sitios pintorescos de México, tan celebrados siempre, sus campos amenísimos, sus gigantescos nevados, su en partes quebrada configuración, sus diáfanos horizontes, sus esplendorosos crepúsculos, tendrían al cabo un hábil intérprete que acertaría á transladarlos diestramente en el lienzo. Por las líneas y el color, nuestros más bellos paisajes serían enaltecidos; y la Escuela de Bellas Artes, tendría al propio tiempo, un sobresaliente especialista en el ramo. (1)

Si bien Landesio había nacido en el humilde pueblecillo de Altessano, de la Italia del Norte, en 1810, desde la infancia pasó á Roma, y creció y se hizo pintor en aquella capital del arte, por haberse transladado allí su padre en busca del trabajo que su oficio de platero podría proporcionarle. Así, que, con la contemplación de los severos paisajes de la Campiña romana, de los grandiosos monumentos legados por la antigüedad, de las mil magníficas obras que guardan los museos pontificios, y al contacto de los artistas de diversas nacionalidades que

1 Anteriormente á Landesio, Carlos Byrn había ya pintado algunos paisajes de México, aun cuando no fueron ni muy conocidos ni muy celebrados sus cuadros.

acuden á la ciudad cesárea; fuéronse despertando y adquiriendo sér y desarrollo las facultades artísticas de Landesio, y pudo atesorar doctrinas y conocimientos, y aquella elevación y maestría que sus cuadros muestran y que confirmó en sus enseñanzas. Roma fué para él como para cuantos allí asisten, nobilísima escuela de arte.

La pobreza de sus padres forzó á nuestro joven, contra sus naturales inclinaciones, á aprender el oficio de platero y á consagrarse á esta clase de trabajo, tan ageno á sus gustos; y solamente en los ratos que podía robarle, era cuando solía ir á dibujar al campo, en compañía de un hermano suyo de más años que él, y el cual había aprendido el dibujo en la Academia de San Lucas. Así fué adquiriendo el mozuelo algunos conocimientos elementales que le preparaban para el cultivo de la pintura, favoreciéndole grandemente su irresistible inclinación y excelentes disposiciones. Afición grande mostraba asimismo por la música, pero se sobrepuso la de la pintura. Cuando sus padres, por caso raro, concurrían al teatro y se le proporcionaba la ocasión de acompañarles, él prefería quedarse en casa á dibujar, invirtiendo el importe del billete de entrada en útiles de dibujo.

Perseverando en sus esfuerzos y ven-

ciendo dificultades de toda índole, pudo dar algunos pasos más en el camino emprendido, con el grabador de paisaje Reinhart, y hasta pudo aprender la pintura algo más adelante, con el paisajista francés Amadeo Bougeois. Su padre, al fin, convencido por la tenaz inclinación del muchacho de que era inútil seguirle contrariando, hubo de consentir velis nolis, en que cultivara lo que tanto deseaba su hijo, aunque sin eximirle del todo de los trabajos de la platería con que se ganaban uno y otro la vida.

Eugenio hacía con suma facilidad dibujos de árboles y de plantas, de formas finas y elegantes, y por tal motivo otros artistas acudían á él en demanda de sus dibujos, con el fin de utilizarlos en sus cuadros.

En vista de que le acosaban á pedidos, y atento á lo precario de la situación porque pasaba, resolvióse á litografiar una colección de sus mejores dibujos para ponerla en venta, por medio de una subscripción á precio reducido. Pocos fueron los subscriptores, y el negocio no dió resultado; mas sirvióle, en cambio, para que el insigne paisajista húngaro, Carlos Markó, entonces residente en Roma, favorablemente impresionado de los dibujos litográficos que le llegaron á su estudio, quisiera conocer al autor de

ellos y trabara amistad con ese motivo con Landesio, cuyas cualidades supo apreciar bien pronto. Le dió ánimo para que dejara las ocupaciones de platero y se diera por completo al arte, brindándole con su amistad y poniendo á disposición suya un departamento del estudio en el que Markó trabajaba, donde podría libremente pintar Landesio. Le ofreció además, proporcionarle el trabajo necesario y ayudarle con sus consejos de artista. El caso de la generosa protección de Nicolás Poussin á Claudio de Lorena, tuvo hermosa repetición en Markó y en Landesio.

De buen grado hubo de aceptar éste las mercedes que se le hicieron, y pasando á trabajar al lado de un tan insigne cuanto liberal maestro, entregóse de lleno á la profesión para que había nacido, sin que tardara en ver los más lisonjeros resultados para sus nuevas labores. Grande aprecio se hizo, con efecto, de sus cuadros, y obtuvo de ellos tal demanda, que con su producto se ganó desahogadamente la subsistencia, alcanzando renombre. Su especialidad era el paisaje histórica, aunque cultivó otros géneros.

Habiendo tenido que abandonar Markó á Roma, para fijar su residencia en la Italia Septentrional, Landesio vióse en el caso de tener que tomar por su cuenta un

modesto estudio; mas como su reputación de paisajista estaba ya bien cimentada, sus trabajos artísticos los prosiguió solo, con buena fortuna.

El comendador Canina, célebre arqueólogo y arquitecto, le encomendó varios cuadros de ruinas romanas; para el príncipe Marco Antonio Borghese, pintó al fresco, en la Villa de su nombre, cuatro grandes cuadros murales, representando vistas de la propia Villa; otro paisaje suyo fué adquirido por el insigne estatuario Thorwaldsen, y, en fin, numerosos encargos siguió recibiendo de otras muchas personas de viso, ya de la sociedad romana, ya del extranjero.

En estas circunstancias, llegáronle las proposiciones de Clavé y sus ofrecimientos, y como se le presentara con ellos más halagüeña expectativa, aceptó venir á México, no sin oír antes los consejos de sus amigos.

Entre sus paisajes pintados en Roma, merecen citarse: "La Virgen María y San José, llegando á Belem," "La Transfiguración," "San Juan escribiendo el Apocalipsis," "Los primeros ermitaños," "Los Monjes," "Vista de Roma desde la Villa Freborn," "Acueductos de Roma," "El Lago Sabatino," "El agua virgen en Trevi," "La Cartuja de los Angeles," "Sepulcros etruscos," "Los muros de la antigua

Falerium," "Ruinas del palacio Corsini," etc. Todos estos cuadros se conocieron en las exposiciones de la Academia, y algunos fueron adquiridos para sus Galerías.

Landesio arribó á Veracruz el 1 de Enero de 1855, y pocos meses después dió comienzo al desempeño de sus clases. Uno de sus primeros cuidados fué escribir un texto de Perspectiva en castellano (que había estudiado exprofeso para venir á esta República), cuya corrección hubo de encomendarle al médico D. Ignacio Durán, buen amigo de todos los artistas; texto que sirvió para diez generaciones de alumnos de la Academia. Este utilísimo librito de Perspectiva y otro más, en que expone el autor algunos principios relativos á su arte y da curiosas noticias de su enseñanza en México, se imprimieron posteriormente y á sus expensas.

Su método de enseñanza del paisaje, consistía, en hacer dibujar á sus alumnos, primeramente, grupos de hojas, ya de buenos originales, ya del natural, con la mayor exactitud en la forma y los menos trazos posibles, acostumbrando el ojo á medir, á leer la forma y á marcar los puntos extremos, antes de echar el trazo. Hacíalos, después, dibujar troncos, terrenos, líneas de montañas, edificios y nubes; y no ponía en sus manos la paleta y los co-

lores, en tanto que no acertaran á caracterizar grupos de árboles, por medio del lápiz.

Simultáneamente á estos estudios, cursaban sus discípulos Perspectiva y dibujaban de la figura humana desnuda y de animales, á un tamaño que no excediese de medio pliego, y con sólo las correcciones verbales del profesor. La introducción del colorido, se hacía copiando algún estudio del natural, de mano experta, ó un fragmento de edificio con luz difusa.

Adquiridos el conocimiento y práctica de los colores, pasaban á estudiar directamente la naturaleza, eligiendo de preferencia objetos con efectos de luz permanente, para que tales efectos fuesen claros y fácilmente legibles para el alumno.

Una vez dominándose el natural, por la práctica de estudios, improvisados ó rápidos los unos, detenidos y bien concluidos los otros, se llegaba al punto de poderse emprender cuadros originales, y al intento, escogíanse motivos del natural, de buenos efectos de luz, para obtener la entonación conveniente y los efectos totales de claroobscuro.

"A esta altura de conocimientos y de habilidad, que no á muchos es dado alcanzar —expresa en su libro Landesio—si el artista deseare dedicarse á la sección de historia, seguirá con los mismos estudios;

pero tanto en las figuras, animales, vegetación, celajes, edificios, como en cuantas circunstancias puedan concurrir á formar y á avivar la localidad, deberá estudiar en lo que consiste la elegancia, la grandiosidad y majestad de los motivos, para que pueda entrar en sus obras aquel grado de bondad y de corrección ó "ley," como dicen los plateros, ó estilo, como se dice en arte; voz que muy á menudo es substituida ó puesta como sinónimo de manejo ó peculiar tratamiento de un artista." Esto viene á ser lo propio, que, aquella idealidad del natural, con el peculiar sello de cada temperamento artístico que trate un asunto, de que nos habla el crítico Carlos Blanc, en su magistral "Gramática de las Artes del Dibujo."

Máxima sabia que inculcaba Landesio á sus alumnos, era esta: el artista ha de estar ante la naturaleza, siempre como discípulo, nunca como maestro. Y esta otra: no os prendéis de tales ó cuales colores; aceptad todos, según convenga al caso; y, por último, la siguiente: huíd del "trito" ó de lo despedazado en el dibujo, y atenéos siempre á los grandes partidos.

Consistía, en mucha parte, la excelencia de nuestro paisajista, en aplicar el juicioso proloquio de Quintiliano: "Cito scribendo non fit ut bene scribatur; bene scribendo fit ut cito;" lo que, expresado en nues-

tro romance, viene á ser lo mismo que: "pintar despacio, para pintar bien, que en llegándose á pintar bien, se pintará con ligereza."

No faltan maestros que pretendan enseñar, haciendo que comience el alumno por trabajar rápidamente y abreviando el natural que tiene ante la vista. Semejante práctica es por demás absurda, porque es tanto como dar comienzo por donde se acaba. Los que no conformes con querer desconocer los principios del arte (herencia del saber de todas las edades), rechazan aquel primer método, consagrado por dilatada experiencia, añaden error tras error, dando, además, muestra de pedantería é ignorancia. La escuela no da talento; da principios y procedimientos. Es cuanto. Después de una estricta educación, el discípulo, formado ya, toma el camino que más le place.

Los discípulos principales de Landesio, en la Academia de San Carlos, llamáronse José Jiménez, Luis Coto, Javier Alvarez, José M. Velasco, Gregorio Dumaine y Salvador Murillo; todos los que llegaron á hacer cuadros originales; sin embargo, dos descollaron sobre los restantes, según el propio testimonio del maestro en su libro antes citado, y fueron: Luis Coto y José M. Velasco.

Como obras suyas, que merezcan aquí

citarse, señalaremos "El canal de Chalco," "La Colegiata de Guadalupe," "Fundación de la ciudad de Tenoxtitlán," "Netzahualcoyotl salvado de sus perseguidores," y "Moctezuma II de cacería en Chapultepec," de Coto, y "La cascada de Tizapán," "Ahuehuetes de Chapultepec," "La piedra encantada" y "Cacería entre los aztecas," de Velasco. (1) Es muy de notar que el primero que emprendió cuadros con asuntos tomados de la historia de México, fué Landesio.

Las buenas partes del artista corrían parejas en Landesio con sus virtudes privadas. Motivo de grande contrariedad fué para él verse subordinado á Clavé en la enseñanza de la Academia, cuando para su fuero interno, sabía en su ramo tanto como Clavé en el suyo. Clavé en más de una ocasión hízole sentir el peso de esa supremacía, que no podía menos de serle enfadosa y molesta, sin que por eso acudiera nunca á rebeldías que hasta cierto punto hubieran estado justificadas; sino que por el contrario, fué suficientemente abnegado para acallar su resentimiento, hasta me-

---

1 El paisaje de "Los ahuehuetes de Chapultepec," lo adquirió, por rifa, Landesio; mas cedióIo á Velasco, para serle vendido al célebre tenor Tamberlick, que se prendó del cuadro, y Velasco, con tal motivo, hizo una repetición para su maestro, con mayor perfección que el paisaje primero.

recer que Clavé le llamara su óptimo amigo en todas ocasiones.

No menos lesivo para su delicadeza y amor propio, hubo de ser el que la Junta de la Academia le sujetara á la vigilancia de D. Honorato Riaño, con el fin de que diese estricto cumplimiento á la cláusula de su contrato, relativa á pintar siempre con su estudio abierto y en presencia de sus alumnos. Es de creerse que una prescripción semejante, la motivaría el deseo de que la reserva con que Clavé había pintado en su estudio, no tuviese repetición en Landesio. Sin embargo, nuestro paisajista, cuanto cumplido humilde, soportó la mal disimulada vigilancia que en él se ejercía, aun cuando el hecho redundara en provecho suyo, en definitiva. Conociéndole con cierta intimidad el señor Riaño, pudo apreciar sus prendas personales y cobrarle afecto; y ello dió ocasión para que le relacionara con familias de la buena sociedad, en cuyo seno encontró favorable acogida. Tuvo expansiones sociales que le alejaron del retraimiento en que quizá en otro caso habría vivido, y dió vado á su pasión por el canto, luciendo en los salones su hermosa voz de barítono. Conociéronle también algunos sujetos pudientes, que gustaron de sus paisajes y le hicieron numerosos encargos de cuadros.

Los primeros paisajes originales que

pintó Landesio en la República, fueron, una vista del puente y capilla de San Antonio Chimalistac, entre Coyoacan y San Angel, el interior de la antesacristía del convento de San Francisco de México, y una vista del canal de la Viga con efectos de sol poniente y los volcanes por lontananza. En la buena elección y en la diversidad de estos asuntos, mostrábase a las claras el experto paisajista. Muy celebrados fueron sus tres primeros cuadros, dos de los cuales adquirió la Junta, para la Academia.

Posteriormente pintó para D. Nicanor Béistegui, hasta diez diferentes paisajes de la muy pintoresca región comprendida entre Pachuca, el Real del Monte y la Hacienda de Regla, del Estado de Hidalgo. Otros varios cuadros de aquellos mismos parajes, le fueron encomendados por los ingleses D. Juan Bucan, D. Carlos Roule y D. Tomás Auld, cuadros que se llevaron consigo á su patria.

Elevadas y abruptas montañas de constitución rocallosa y en cuyas laderas se suceden los barrancos y los despeñaderos; fantásticos peñascos y picos elevadísimos; atrevidas carreteras practi
en la escarpa de la montaña, por donde transitan las recuas y carros cargados de metal; verdinegros y sombríos pinares salpicados en uno ú otro montículo; tal

cual planicie rasa como enclavada entre la fragosidad montañosa, donde se benefician los metales; pajizos y apiñados caseríos, que de vez en cuando aparecen, ó en los altos ó en aquellas estrechas planicies, y puentes, túneles, enormes chimeneas y obras hidráulicas, contrastando con los aspectos de la naturaleza; ya estrechas hoces formadas por altas serranías y visitadas por la neblina, ya escapes de vista de dilatado horizonte; arideces pedregosas de color rojizo, ó bien laderas festonadas por recinosa y odorífera vegetación; tal cual riachuelo de caprichosa corriente; un lago de azuladas linfas (el de San Miguel), y por término de la salvaje región, una magnífica cascada (la de Regla) que se despeña entre elevadas columnatas de basalto, donde anidan y desde cuyas alturas se ciernen los cuervos y aguiluchos; todos estos ricos y variadísimos motivos que van sucediéndose camino de Pachuca á Regla, ofreciéronle campo extenso á nuestro paisajista, para sus habilidades pictóricas.

El peñasco enorme del Somate, que descuella señero dominando la cordillera del Real del Monte, dióle asunto, asimismo, á Landesio, para uno de sus más bellos paisajes, hechos por encargo de D. Tomás Auld.

Fué "El Somate," un soberbio estudio

de perspectiva aérea, y un panorama espléndido, en el que se sucedían en planos huyentes las grandes serranías de la República, que desde aquella eminencia se descubren, con sus picos más culminantes: los peñascos del Aguila y de las Peñas Cargadas en primer término, el nevado de la Malinche después, y el Pico de Orizaba, y, por último, el Ixtlaziuatl y el Popocatepetl, cerrando la lontananza. Todo esto, visto á la mágica luz de la caída de la tarde.

También las soberbias cumbres de Maltrata, con sus cimas de nácar y sus laderas de gayo perpetuo y verdor; y el Valle de México, con su diadema de montañas, su tapiz de césped, sus lagos, ciudad y pueblecillos, su diáfano cielo é incomparables crepúsculos vespertinos, despertaron la inspiración de Landesio y diéronle frecuente ocupación á sus pinceles. El Valle de México, sobre todo, le proporcionó asunto para una de sus más originales creaciones, cuyos grandes recursos pictóricos habrían de ser más tarde un venero para su discípulo Velasco, quien acertó á desarrollar todavía con más verdad, el propio tema.

Varias repeticiones hizo del Valle de México, una de las cuales (notable singularmente por la puntualidad con que estaban pintadas ciertas plantas peculiares

del Valle) fué adquirida por Maximiliano de Hapsburgo. Por disposición de este mismo Príncipe, debería haber ejecutado Landesio, al fresco, en el alcázar de Chapultepec, seis grandes paisajes referentes á la historia antigua de México, que posteriores acontecimientos públicos impidieron se llevaran á cabo. Esto es tanto más de sentirse, cuanto que los mejores cuadros que pintó Landesio en la República, fueron llevados al extranjero.

Animaba sus paisajes las más de las veces, con figuras humanas y de animales, las que al propio tiempo que comunican mayor vida, caracterizan mejor las localidades. Grande ingerencía dábale asimismo á los efectos de luz, que tan singular hechizo prestan á los aspectos de la naturaleza. No obstante la amplitud del radio visual de sus cuadros, y lo circunstanciado de sus asuntos, como procuraba siempre los grandes partidos de forma, color y claro obscuro, subordinando los detalles al conjunto, nunca dejan de presentar sus paisajes aquella unidad requerida en toda obra de arte. Profesando aún la máxima de que ante la naturaleza el paisajista ha de estar, no como maestro sino como discípulo; con todo, en sus cuadros solía introducir ciertas variantes respecto de algunos accesorios del natu-

ral, que, sin desnaturalizar lo representado, favorecían el buen arreglo, y á los efectos del cuadro; quiere decir, que idealizaba el paisaje, sin desvirtuar por eso ni la localidad ni el asunto. Propiamente, Landesio venía á ser un neoclásico que derivaba de la escuela del Pusino. Aunque más apegado al natural que este insigne maestro, buscaba la verdad, en consorcio con la grandiosidad y la elegancia. No hay que olvidar que nuestro paisajista se había educado en Roma.

Sus tonalidades son ricas y bien armonizadas; sus segundos y últimos términos se alejan y ahondan en el lienzo, con la maestría propia del que era consumado en ambas perspectivas; su factura es sólida y muy bien concluída; circunstancia ésta última, causa de enfado para cuantos propenden al impresionismo, quienes no pintan sino bocetos más ó menos brillantes y llamativos, pero bocetos, y que aparentan desdén hacia aquellos cuyas producciones, ricas de detalles y sólidas de factura, no les es dado igualar ni aun siquiera á ellas acercarse.

La pintura de paisaje, como las cosas todas, ha evolucionado; y si difícilmente podría ser superado Landesio en calidad de maestro, considerándolo como paisajista, no creemos que dijera la última pa-

labra en ese género que cultivó, apesar de sus sobresalientes cualidades. Sin optar, ni mucho menos, por la vacuidad de los impresionistas, nos volvemos resueltamente en favor de aquellos paisajistas que como Duez y D'Harpigny en Francia, y Serra y Lhardy en España, eligen un corto fragmento de la naturaleza y le hacen hablar el lenguaje del sentimiento y la pasión, y logran que sus acentos penetren en lo más íntimo de nuestra alma.... Sin embargo, reconozcamos que el género de paisaje cultivado por estos pintores de que hemos hecho mérito, no habría sido el más apropiado ni conveniente para reproducir en la tela, los hermosos panoramas y magníficos puntos de vista de nuestro suelo, especialidad que constituye uno de los mayores timbres de Landesio.

Difícil por demás era para quien había sabido apreciar las bellezas de los sitios más celebrados de México, como Landesio, que hubiera dejado de mostrar interés por conocer lugares tales como el cráter del Popocatepetl y las cavernas de Cacahuamilpa; y así fué que, en los meses de Enero y Abril de 1868, realizó las excursiones á aquellos dos puntos, escribiendo un relato descriptivo de sus viajes con espontáneo y expresivo estilo y

que fué dado á la estampa (1). Según era de esperarse, transladó al lienzo algunas interesantes vistas del Popocateptl y de Cacahuamilpa, las que sirvieron para ilustrar su folleto con sobresalientes litografías de Velasco.

En el dilatado período de diecinueve años, que estuvo de profesor en la Academia de San Carlos, hubo de pasar por diversas vicisitudes, á causa de los radicales cambios políticos de la época. Primeramente, se le separó de su empleo, por haberse abstenido de protestar por escrito, junto con otros profesores que así lo hicieron, en contra de la Intervención francesa. Volvió á los pocos meses á sus clases, mas no sin que se le redujera el sueldo; lo cual motivó que en Septiembre de 1868, dejara la de Perspectiva, ciñéndose al desempeño de la de paisaje; y, por último, hizo renuncia de ésta en 1873, por no verse en el caso de protestar la guarda de las Leyes de Reforma, en divergencia con su credo relígioso.

Separado Landesio de la última clase que desempeñaba, suscitóse una agria

---

(1) "Excursión á la caverna de Cacahuamilpa, y ascensión al cráter del Popocatepetl, por el profesor de pintura Eugenio Landesio, italiano, escrita en castellano por él mismo." México. 1868. Imprenta del Colegio del Tecpan.

discusión por la prensa, entre él y D. Ignacio Altamirano, sobre quién habría de substituirle. Altamirano escribió á favor del joven Salvador Murillo, que un grupo de periodistas liberales favorecía á todo trance, y Landesio abogó por Velasco.

Aquel fogoso periodista lanzó en el número 14 de "La Tribuna." un punzante artículo, aupando á Murillo y con muy duras alusiones al profesor y á su candidato y escuela, así concebido:

"Sabemos que el joven artista, Salvador Murillo, será nombrado director de la cátedra de paisaje en la Academia Nacional. Mucho nos alegramos. Murillo no es un artesano del color; no es para él la pntura un mecanismo; no se contenta como algún paisajista, cuyos cuadros hemos visto en la exposición última, con figurarse que Landesio es la Naturaleza, y con copiar á éste sin cuidarse de la realidad; no, Murillo ha educado su gusto en otra escuela y con otras aspiraciones. Pertenece á lo que en Europa se llama pre-rrafaelista, es decir, á la escuela que busca la verdad en la naturaleza, seguro de que la verdad en la naturaleza es el más encantador de los sueños. Es de los que no cambian por los más estudiados juegos del pincel, que sólo sirven para hacer cuadros bonitos, los efectos de

un rayo solar corriendo en estalactitas de oro, por las parásitas de un ahuehuete, y reverberando en los charcos de agua, evaporándose en las musgosas rocas del Valle."

"No es, por esto, un copista servil; nadie sabe soñar como él, delante de un paisaje, nadie ejecuta con más brío, ni suaviza sus toques con mayor intuición de los secretos maravillosos de esa hada divina de la creación, que se llama la luz."

"El arte mexicano y la Academia, están de enhorabuena."

Landesio, por su parte, también tomó la pluma, y con brío y donaire salió á la defensa de su discípulo y escuela. En el número de "La Iberia" correspondiente al 4 de Febrero de 1874, le replicó á Altamirano; y después de darle vaya á más y mejor, con cierta finura por su equivocada acepción del "prerrafaelismo," y por aquello de "los efectos de un rayo solar corriendo en estaláctitas de oro por las parásitas de un ahuehuete, y reverberando en los charcos de agua, evaporándose, en las musgosas rocas del Valle," hacíale notar, que Murillo no había estudiado la pintura con otro que con el mismo Landesio, y según sus doctrinas y escuela; que no obstante sus bue-

nas disposiciones para el paisaje, sus conocimientos eran harto deficientes, por haberse dedicado á pintar copias y estudios ligeros de comercio, dejando incompletos sus estudios; al paso que su otro discípulo, Velasco, había aventajado siempre á sus compañeros de estudios, había obtenido las mejores calificaciones y poseía más sólidos conocimientos; que era, por lo tanto, en concepto suyo, el único capaz de mantener á la conveniente altura la clase de paisaje.

"Así que, amigo mío—terminaba Landesio—menos saco y más nueces, menos pompa y más abrigo, menos humo y más substancia."

Altamirano, que no era para dejarse lanzar pullas de nadie, por embozadas que fuesen, haciendo punto omiso de las razones alegadas por Landesio, subió el tono de su contestación, y desviado un tanto del sendero, llamó á Landesio panegirista de la Intervención y pintor de cámara de Maximiliano; denominaciones, una y otra, para aquella época y ante ciertas personas, poco menos que infamantes. Tronó contra las reglas, las cuales, decía textualmente, dan por resultado, copiar á Landesio en vez de copiar á la naturaleza; y le agregaba al intor: "Nunca hemos visto el Valle de

México como usted lo ha pintado; en cambio, creemos que si no lo hemos visto tan coqueto, sí nos ha parecido más bello. Y si usted amanera un poquito, ¿qué diremos de los que le imitan? Para esos pasa la naturaleza al través del alambique de las reglas de usted, y los cuadros salen muy fatuos."

A este grado de calor las cosas, el ministro de Italia, Biagi, que seguía con atención la polémica, llamo á Landesio, y aconsejóle amistosamente que para obviar mayores desaguisados, se abstuviera de nuevos remitidos en los periódicos, y el viejo pintor así lo hizo. Murillo, á los pocos días, quedaba nombrado por el Gobierno, profesor de paisaje.

Mucho propendía Altamirano á involucrar los asuntos de arte con las cuestiones de mera política. No ignoraba que Landesio se abstuvo de protestar contra la Intervención, y que había pintado, además, para el Hapsburgo; y Landesio tenía que ser para él un mal artista, lo mismo que cuantos le siguieran. Y si Apeles redivivo, se le hubiese aparecido, contaminado de imperialista, al mismo Apeles habríale conceptuado por un pintor abominable.

Esas reglas, contra las que fulminaba censuras, eran las propias que en sus cua-

dros observaron el Pusino, el Lorena y el Marcó; las reglas de los paisajistas clásicos. ¿Qué más? Altamirano, en sus versos, aplicaba análogos preceptos. Altamirano no fué creador en poesía, y si por algo valen sus versos, es por las reglas gramaticales y literarias en ellos observadas; por su corrección y atildamiento. Su mejor composición, "Las Abejas," es una oda horaciana, artificiosa, académica por los cuatro costados...

Para que se tenga cabal idea de las ofuscaciones que el señor Altamirano solía padecer, y del valor que había que concederles á ciertos juicios suyos, citaremos un hecho. Tratábase en cierta noche, en el Liceo Hidalgo, de una traducción del inglés en versos castellanos, que fué tildada de incorrección por D. Francisco Pimentel, en algunos pasajes. Al punto salió en defensa de la obra censurada Altamirano, expresando, que aquello mismo que conceptuaba defectuoso el señor Pimentel, lo tenía él por digno de merecimiento, supuesto que el traductor había sabido sacudir el yugo de las reglas académicas; que en México iba haciéndose ya necesario en las letras, un Hidalgo que se alzara contra la tiranía de la Academia, y que, en fin,

era menester que nos formáramos un lenguaje nuestro, independiente de otro alguno; oído lo cual por Pimentel, contestó al exaltado tribuno: Descuide el señor Altamirano y viva tranquilo, pues que no solamente tenemos ya Hidalgos, sino Allendes y Abasolos en los "evangelistas" del Portal de Santo Domingo, que á su placer trastruecan la lengua castellana, y en cuantos entre nosotros dicen "creiba" por creía, "cirgiiela" por ciruela, y "juites" por fuiste, etc. Ellos sí que han sacudido por completo el yugo de la Academia de la Lengua.

Ahoa diremos, por nuestra parte, que el arte como disciplina ó aprendizaje, ó no es nada en absoluto, ó es precisamente un conjunto de reglas teóricas y prácticas; insufribles, cierto, y desesperantes para aquellos que no se han tomado el trabajo de conocerlas, y que, como extremo recurso aparentan desdeñarlas.

Por lo demás, y vueltos al caso de Murillo, el mismo Gobierno, dos años después de la polémica y de su nombramiento, dábale indirectamente la razón á Landesio, al mandar á Murillo á Europa á perfeccionarse en la pintura. Este remitió de París á la Academia de San Carlos, como suyos, dos paisajes de Fontai-

nebleau; después dejó los pinceles, dándose al oficio de cicerone de los mexicanos que arribaban á Francia. Así fué como se hizo justicia, aunque tardía, á las indicaciones de un hombre de bien.

Con posterioridad á tales sucesos, aun permaneció por algún tiempo Landesio en la República; mas como deseaba reunirse con los deudos suyos que le quedaban en Italia, regresó á su patria en 1877, de edad algo avanzada.

De paso para Roma, reunióse con Clavé en la capital de Cataluña, y juntos visitaron Madrid y otros sitios de la Península. Se dijeron adiós los dos viejos amigos, citándose para la inmediata Exposición Universal de París, á donde puntuales acudieron.

Hasta sus últimos días estuvo en correspondencia con su discípulo Velasco.

Decíale en una de sus cartas, cuando iba camino de Roma: "He visitado en Milán la exposición permanente, mediante la cual puedo tener una idea del arte actual. Noto en muchos la tendencia á abreviar las cosas; pero hay también en otros, de mayor poder, la de desarrollar toda la idea, como en un bello discurso, dejando á un lado las expresiones abreviadas; y mucho me alegré al ver que

sacan más copias de estos últimos pintores que de los primeros. Esto demuestra que el gusto por lo bueno, no tan sólo no se ha extinguido, sino que se sobrepone al otro."

"He estado en Santa María de las Gracias, iglesia muy primitiva, hecha restaurar á expensas de Maximiliano, el Emperador de México, cuando era virrey del reino Lombardo Véneto, y la dotó, á fin de que no se dejara arruinar, y se conservara en ella el culto. Allí, en la sala del refectorio, ví el célebre fresco de Leonardo de Vinci, que representa la última cena de Jesús con los apóstoles, la cual, aunque muy deteriorada, se admira sin embargo en ella, la obra de un pincel conducido por mano y mente maestra. Las figuras están muy bien caracterizadas y tienen mucha vida. Me parece que asiste uno á aquel solemne acto. Las figuras son colosales, casi dobles del natural."

De asuntos más íntimos también le hablaba á su discípulo. Decíale en otra carta: "Estando en Turín, quise hacer una visita á Altessano, lugar de mi nacimiento, distante una legua y al poniente de aquella ciudad, y del que recordaba como en sueños, Es un pueble-

cito en donde se encuentra un establecimiento de hilados de seda. Mi padre era socio y director del mismo, y allí nací yo, y al ver el establecimiento, el torrente Ceronda y el río Stura, volviéronme á la memoria los tiempos de la infancia y las atenciones de mis virtuosos y amorosos padres, y no pude contener las lágrimas, y viéndolas el cochero y los viajeros, achacáronlas al frío, que era riguroso."

"Le incluyo una hoja de la encina-roble, que dicen haber sido plantado por Felipe Neri en el monte Gianicolo, cerca de la iglesia y convento. A la sombra de este árbol, escribió Torcuato Tasso sus últimas poesías. Pocos años antes de mi partida para México, era este árbol maravillosamente bello; una noche fué abatido por un huracán, quedando sólo en pié una gruesa astilla y unas cuantas ramitas. Antes de ayer fuí á ese lugar, y ví que las ramitas que dejé han adquirido la corppulencia de un hombre, y como las han dejado crecer con un cierto respeto, forman un salvaje y bello grupo."

Había llegado el pintor á Roma, en la madrugada del día 6 de Diciembre de 1877. En su larga ausencia no le había

quedado más pariente inmediato que su sobrino Juan y los hijos de éste, y de quien hacía notar en sus cartas, con no disimulado alborozo, que tocaba el piano y tenía buena voz de barítono.

Después de haber puesto mano en más de doscientos cuadros, nuestro Landesio, no es de extrañar que, divagado con las impresiones de su largo y dilatado viaje, y con la espectativa de realizar otro á París en el próximo año, no volviera á tomar los pinceles sino hasta su regreso de la Exposición Universal, que visitó en compañía de Clavé. Más le valiera no haber vuelto á pensar en paisajes. A los pocos días de su llegada de París, animado con las obras que había visto recientemente, salió á pintar al campo á un sitio insalubre, donde contrajo una grave enfermedad palúdica, que en pocos días le privó de la vida.

Acaeció su fallecimiento el 29 de Enero de 1879, con una circunstancia no exenta de encanto. Sintióse con grande malestar á las altas horas de la noche, se medio incorporó en el lecho, llamó á su sobrino é instóle para que tocara en el piano un aire de "La Sonámbula," por ver si la suavidad de aquella música de melodías candorosas, y por la que sen-

tía predilección, le divagaba, mitigando un tanto sus dolencias. Obedecióle al punto, y tocó lo que se le pedía por buen espacio, al cabo del cual acudió á ver al enfermo: Landesio se había dormido para siempre.... ¡Cuán cierto es que la realidad es á veces más poética que las ficciones de la fantasía!

Diciembre de 1904.

GABRIEL GUERRA